

## **LOS QUE CREEN EN JESÚS, DEBEN TAMBIÉN PERMANECER EN SU PALABRA.**

Dice Juan 8:30 ***“Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él”***.

Por las palabras de este verso podemos decir que, muy seguramente el Señor Jesús predicaba, y luego muchos creían en lo que Él decía. Ahora bien, sabiendo el Señor que “creer” no es el fin del camino, sino solo el principio, dijo lo siguiente: ***“...Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”*** (Juan 8:31). El Señor confrontó a los creyentes diciéndoles que hay algo más que creer.

El Evangelio de Juan nos presenta la problemática de los que creyeron en el Señor Jesús. Por ejemplo, dice Juan 2:23 ***“Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. v:24 Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos”***. El fundamento que este grupo de personas tuvo para creer en el Señor Jesús fueron las señales que Él hacía, por lo tanto, Él no se fiaba de ellos porque el fundamento de su fe era incorrecto. Hoy en día muchas personas siguen teniendo este fundamento incorrecto, creen en Jesús sólo por los milagros. Debemos reconocer que no todo el tiempo habrán milagros, ¿qué sucederá en el momento que éstos falten?, ¿seguiremos teniendo fe? He allí la razón por la cual el fundamento de nuestra fe en el Señor no deben ser los milagros, sino nos vamos a frustrar.

En Juan 8, vemos otro grupo de creyentes que no creen por las señales, sino por la palabra; pero tienen el problema de que no permanecen en ella. Hay creyentes que oyen la palabra, la creen, y reciben la Vida Eterna por medio de ella, pero no permiten que siga operando en sus vidas. Cuando recibimos la palabra inicialmente, ella nos invita a creer en Jesús, pero después quiere lavarnos como lejía con el fin de restaurarnos interiormente. Hay muchos que se conforman sólo con creer en Jesús como Su Salvador, pero después le ponen un límite. La figura de lo que la palabra quiere hacer en nosotros es como cuando el Señor encontró a Zaqueo. El Señor Jesús vio a este hombre subido en un árbol, le dijo que bajara de allí porque le era necesario ir a su casa, y Zaqueo lo recibió aquel día. Ahora bien, la influencia de Jesús en la vida de Zaqueo lo impactó tanto, que no sólo creyó en Él, sino que dijo que a cualquiera que él hubiera estafado le iba a devolver el cuádruple. Este ejemplo nos muestra que cuando la palabra viene a nuestras vidas, ella es activa, viviente, transformadora. Por eso dice Hebreos 4:12 ***“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. v:13 Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”***. La palabra de Dios es capaz de producir cambios en el corazón del hombre, toda vez y cuando permanezcamos en ella. La exposición y la

permanencia en la palabra es como la gota constante sobre una piedra, que tarde o temprano le hará mella.

Para ser salvos eternamente debemos creer a la palabra, pero para ser transformados debemos permanecer en ella. Una cosa es ser un creyente en Jesús, y otra cosa es ser su discípulo, y de igual manera serán los efectos. El buen discípulo no sólo debe creer, si no debe mantenerse escuchando día tras día la voz del Hijo. La palabra es activa en nuestra vida, y ella nos hace pagar un precio altísimo por lo de Dios. La palabra viene a destruir nuestros planes, nuestra vida, nuestros deseos, y no nos deja vivir a nuestras anchas en ningún momento. La palabra es como el buen padre, él va a estorbar a sus hijos, los va a corregir, los va a privar de muchas cosas con tal de instruirles para bien. Así es Dios con nosotros, Él no nos quiere dejar cimarrones, Él quiere transformarnos a Su imagen y semejanza, y por esa razón nos ha dejado Su Palabra. Desde el día que nos convertimos al Evangelio, Dios nos tomó por hijos, y Él se ha propuesto hacer algo maravilloso en nuestras vidas. El apóstol Pablo dijo: **“estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”** (*Filipenses 1:6*); Dios no está quieto con respecto a nosotros, Su Palabra siempre está activa queriendo transformarnos.

Si nosotros queremos experimentar una transformación en nuestro ser, debemos convertirnos en discípulos de la palabra, ese es el método que Dios nos ofrece para propiciarnos un cambio. Esto es como cuando una olla está llena de grasa, lo mejor es dejarla remojando en jabón para que la grasa se afloje; pero si no se hace de esa manera, inevitablemente hay que rasparla para limpiarla. Más o menos como este ejemplo es lo que el Señor nos ofrece; el método más eficaz para ser transformados es exponernos día con día ante la palabra, pero si no lo hacemos Dios emplea otros métodos más dolorosos. Seamos fieles ante la Palabra, y dejémonos suavizar por ella. No podemos evitar el dolor en nuestra vida, eso es inevitable, pero el golpe no es tan duro cuando hemos permanecido ante la palabra. Dice *Isaías 66:2* **“... miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”**.

En Juan 8 vemos que hubieron personas que creyeron en el Señor pero no quisieron permanecer en la palabra. Éstos le respondieron al Señor de la siguiente manera: **“Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?”** (*Juan 8:33*). Ellos no aceptaron la palabra del Señor, se sintieron ofendidos por lo que Él les había dicho. Éste es un gran problema que tenemos los hijos de Dios, creemos en Él pero no aceptamos lo que nos dice a través de Su Palabra. A veces leemos La Escritura, escuchamos una prédica, y creemos que esa palabra es para el hermano que está a la par, pero rara vez creemos que es para nosotros.

Nosotros empezamos a cerrarnos a la palabra cuando ponemos nuestra razón por encima de las propuestas divinas. A veces Dios nos dice que somos tercos, y en nuestro interior repelemos esas palabras porque creemos que no lo somos. ¿A quién le vamos a creer, a nuestro corazón, o a la palabra de Dios? Dice *Jeremías 17:9*

**“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?”** La peor desgracia del ser humano es su mismo corazón.

Hay un coro que nosotros cantamos que dice: *“¿Adonde puedo ir? ¿Adonde? ¿En donde puedo estar seguro de mi mismo?, ¿En donde puedo esconderme siendo yo la presa pero también el cazador?...”* Las palabras de este coro nos dicen una tremenda realidad, nos advierten que el mayor peligro que corremos es por causa de nosotros mismos. La palabra llega a nuestras vidas para hacernos ver nuestra realidad, nos muestra que somos llaga podrida, que nada bueno hay en nosotros.

Cuando los creyentes de Juan 8 escucharon la palabra del Señor, se sintieron ofendidos por lo que Él les dijo, no le dieron cabida al mensaje en sus corazones; al contrario, cuestionaron al Señor, y le dijeron: **“¿Cómo dices tú: Seréis libres?”** Ellos inmediatamente cambiaron el sentido de las palabras del Señor, tomaron el mensaje desde una perspectiva política. Estos creyentes judíos se refugiaron en el hecho de ser linaje de Abraham, y de que jamás habían sido esclavos de nadie. Estaban tan ciegos a causa de su corazón endurecido, que no se daban cuenta que en ese preciso momento eran esclavos de Roma, y además, eran esclavos de las pasiones del alma. Ellos no recibieron el mensaje del Señor bajo ningún punto de vista.

El primer gran conflicto que afrontamos en el Evangelio, es cuando la palabra no puede hacer mella en nuestros corazones a causa de que ponemos nuestra razón por encima de las razones divinas. No le discutamos a Dios, si Él dice que necesitamos ser libres es porque estamos en esclavitud. No nos creamos más sabios que Dios, Él tiene la razón en todo. En el antiguo tiempo hubo un hombre justo, íntegro, que buscaba a Dios, pero su problema fue argumentar ante la sabiduría divina. Los amigos de Job lo llegaron a ver y se estuvieron con él siete días sin decir palabra alguna. Después del séptimo día los amigos de Job empezaron a hablar, y cada vez que uno de ellos le decía algo, él los rebatía con argumentos. Job nunca aceptó un consejo de sus amigos, hasta que Dios mismo tuvo que dejarlo callado, mostrándole la bajeza humana y la inescrutable sabiduría divina.

La palabra de Dios es para que la creamos y la aceptemos como tal, no para que la dejemos en tela de juicio. Si el Señor dijo que al hacernos discípulos de la palabra seremos libres, pues, así será; no tenemos porqué dudar o juzgar lo que Dios ha dicho. Ante la actitud que tuvieron los creyentes de Juan 8, el Señor les respondió: **“...De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado”**. El Señor les estaba diciendo que eran esclavos porque cometían pecados; por lo tanto, ellos debían aceptar la palabra que el Señor les estaba dando. ¿Quién puede decir que no comete pecado? La Biblia dice: **“Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros”** (1 Juan 1:10). Es fácil leer, o escuchar que todos cometemos pecados, pero cuando la palabra nos confronta personalmente, nos cuesta reconocerlo.

El Evangelio de Juan nos muestra que el Señor les continuó diciendo a los que habían creído en Él: **“Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme,**

**porque mi palabra no halla cabida en vosotros”** (Juan 8:37). Todo lo que el Señor les estaba diciendo a estas personas era subjetivo; no es que ellos querían matarlo físicamente, sino procuraban matarlo en el sentido de que no estaban recibiendo su mensaje. Toda persona que no acepta a plenitud la palabra del Señor, está matando al Señor mismo porque Él es la palabra. Cuando rechazamos un mensaje profético, cuando no nos congregamos, cuando pasan los días y no nos exponemos ante La Escritura, cuando no buscamos al Señor, en realidad estamos matándolo. Cristo es la Palabra encarnada.

Estos creyentes que estaban refutando la palabra del Señor le dijeron: “**...Nuestro padre es Abraham**”. Ellos no querían reconocer que eran esclavos del pecado, querían hallarse justificados delante de Dios, por lo tanto, **“Jesús les dijo: Si fuereis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais”** (Juan 8:39). La obra más grande que hizo Abraham fue creer, dice Romanos 4:2 **“Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia”**. Ya que ellos se jactaban de ser hijos de Abraham, era menester que ellos creyeran a la palabra. Si el Señor les estaba diciendo que eran esclavos, ellos tenían que creerle, tenían que humillarse ante la palabra, porque sólo de esa forma serían verdaderamente libres. Tenemos que reconocer que es Dios quien tiene la razón, no nosotros.

Sigamos la lectura de Juan 8:41 **“Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. v:42 Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. v:43 ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra”**. No nos llamemos al engaño, la palabra de Dios nos juzgará a todos. Ningún ser humano por más analfabeta que sea tiene cómo excusarse de no permanecer ante la palabra. El apóstol Pedro era un hombre sin letras, del vulgo, sin embargo, fue un apóstol del Señor. Pedro no necesitó ir a la universidad para ser uno de los doce apóstoles del Cordero, sólo necesitó exponer su corazón ante el Señor. Yo entiendo que no todos podrán predicar la palabra, porque eso es un don de Dios; pero en lo que nadie tiene excusa es en conocer y permanecer en ella, pues, esto es una disposición del corazón. El camino del Señor es amplio, quedó abierto aun para el más torpe, para el más inculto, para el más pobre, para todos; no hay excepción de personas, todos pueden venir al conocimiento de Jesucristo por medio de la palabra. Lo que entorpece al hombre para conocer a Dios es su propio corazón endurecido.

Ahora bien, el Señor les dijo unas palabras muy duras a estos creyentes: **“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer”** (Juan 8:44). Muchos teólogos dicen que el Señor no les estaba hablando a los creyentes, pues, les llamó **“hijos del diablo”**. Lo que debemos entender es que el término “padre” en la Biblia no tiene que ver sólo con una configuración genética, sino con una configuración que se obtiene mediante el desarrollo de la vida cotidiana. El sentido de lo que el Señor les quería decir iba dirigido a lo que en este tiempo conocemos como “padre adoptivo”, es decir, alguien que adopta y cría a un hijo no

engendrado genéticamente. Un niño no necesita haber sido engendrado para ser configurado a la manera de vivir de su padre adoptivo. Así, el Señor les llamó a los que habían creído en Él: *“hijos del diablo”*, no porque el diablo tenga capacidad de engendrar hijos, sino porque estas personas estaban siendo configuradas a la manera de pensar del maligno. Sólo Dios puede engendrar hijos espirituales, el diablo no; pero satanás tiene la capacidad de configurar a los hombres a su manera de ser, de allí que vemos que en el corazón humano hay ambición a las riquezas, egocentrismo, envidia, etc.

Hay un principio Inamovible del Reino de los Cielos que fue dicho por nuestro Señor Jesucristo: ***“El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama”*** (Mateo 12:30). No podemos estar en condiciones neutrales, o bien somos siervos de Dios, o somos siervos de Satanás, pero no podemos servirle a ambos. En una ocasión el Señor Jesús le dijo a Pedro: ***“¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”*** (Mateo 16:23). Pedro era discípulo de Jesús, pero en ese momento se convirtió en un “hijo del diablo” porque pensó como un hombre mundano, como uno que está configurado a la manera de satanás. Esto también aplica para nosotros, cuando ponemos nuestra mirada en las cosas de la tierra nos convertimos en “hijos del diablo”. Todo creyente que vive pensando sólo en sí mismo también es un “hijo del diablo”, así lo dice la palabra del Señor. Si no estamos a favor del Señor, estamos en contra de Él; si no estamos haciendo algo para el Reino de los cielos, seguramente estamos colaborando con Satanás.

Si rechazamos la palabra de Dios de manera sistemática, en lugar de parecernos cada día más al Señor, vamos a parecer más hijos del diablo. El que vive para sí mismo ya está siendo configurado por Satanás, todo lo contrario a lo que dijo el apóstol Pablo en 2 Corintios 5:15 ***“y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”***. La propuesta del diablo para nosotros no es que nos tiremos de cabeza a los vicios del mundo, más bien lo que nos propone es que vivamos para nosotros mismos, pero si le aceptamos ese mensaje, ya nos hemos convertido en hijos suyos. Nosotros como creyentes ya no debemos vivir para nosotros mismos, debemos vivir únicamente para el Señor.

Hermanos, podemos ser verdaderos creyentes en Jesús, podemos haber sido engendrados por Dios, pero si no permanecemos ante la Palabra, nuestro carácter nunca será semejante al Suyo. Démosle cabida a la palabra en nuestro corazón, permitamos que ella se convierta en fuente de agua que salta para Vida Eterna. Dejemos que la palabra nos quiebre.